

El secreto de Valle-Inclán

Manuel Azaña

Artículo publicado en la revista La Pluma, nº 32, enero 1923

Imaginemos que el mundo se rehiciese sobre un módulo dado por Valle-Inclán. No conservaría el mundo su forma esférica. En las partes donde Valle-Inclán lo hiriese con el rayo de su fantasía, la rutilante corteza del globo, dilatándose como un flemón, tocaría en el confín de las estrellas; en otras, que Valle-Inclán desprecia u olvida, la envoltura terrestre, desinflada, se hundiría, plegándose en abismos negros. Mundo tan irregular como el nuestro lo fué hasta que advino, pocos siglos hace, a la perfección de la esfera: mares tenebrosos, inexplorados continentes, y en torno de las tierras civilizadas, el escita, el tártaro devastador.

Valle-Inclán vería en imagen, dolorosa a fuerza de ser plástica, el friso ornamental de su vivienda, o el trazado y los colores del jardín; se inflamaría describiéndolos; el esplendor de la imagen brillaría en sus ojos, en su palabra, y encendido por el deseo de la hechura perfecta, vendría a resolver con ciencia propia los detalles más privados de cada oficio: el tejido, la talla, una pintura, la poda arquitectónica de su jardín, cualquier aplicación al ornamento de la vida, le absorberían en el goce de domar la rebelde materia y de vaciarla en las formas acabadas que brotan en su imaginación; **Valle-Inclán se olvidaría de su papel de reformador el mundo.**

Hombre que contempla a nuestro planeta desde una estrella, que trastrueca los continentes, perfora los istmos que aún están cerrados, reenciende los volcanes fríos si la grandiosidad de un cuadro lo pide, enjuaga los senos del Pacífico con los caudales del Atlántico, trasplanta las razas, sigue el curso de las religiones; en suma, gran arquitecto del Universo imaginario, se abate a lo mejor sobre una presa minúscula, la apura, la atormenta y se atormenta, por encuadrarla en su tipo, por imprimir, en lo real un acabamiento lógico.

El mundo que Valle-Inclán hubiese de rehacer, saldría navegando incompleto. Tropezaría con alguna ley inviolable. Daría volteretas en los espacios. Los pasajeros, amarrados por la cintura, se preguntarían el porqué de sus penalidades. Entonces surgiría el héroe: precipitándose al gobernalle, voces de mando, denuestos, razones, argucias, todo le parecería bueno para sofocar la resistencia ajena. En viéndose perdido, él mismo aniquilaría su mundo, haciéndolo volar en mil pedazos; se hundiría por su libérrima voluntad.

Valle-Inclán se solaza en ese mundo quimérico, del que sólo son emisarios amables sus criaturas poéticas. Es más amplio su espíritu que su arte. El arte concluye un poco de lo que en su espíritu flota, y

nos deja ver la gaita, el ornamento de algunas estancias, trabajadas con primor. Pero otras formas indecisas, otros límites vagos, un amontonamiento de materiales sin utilizar, modos insólitos que penetran como cuñas en el orbe de la gente llana, descubren la existencia de unas soledades fabulosas, de las que Valle procede, a las que va.

Está en su reino, que apenas tiene con el nuestro un lado común, mucho más distante de lo que él cree. No iría a pedirle ensueños a la marihuana si el poder alucinatorio de su fantasía fuese menos pertinaz. De una nube quisiera saltar a otra nube; pero ningún beleño le hace soñar tanto como el ensueño en que vive. Fumando la pipa de kiff se aletargó; en la clarividencia ultraterrena del letargo, ¿qué pudo contemplar? ¿Algún séptimo cielo? ¿Abismos luminosos? ¿Verdades inefables? ¿La suma explicación de la vida? ¿Lo que valga la pena de filtrarse convertido en humo por los intersticios de la puerta del misterio?

Valle-Inclán descubrió un retablo de maravilla: en una vasta pradera en declive, de un verdor chispeante, entre dos suaves colinas, un gran santo, un apóstol, un patriarca, sentado en su facistol, asistido de otras figuras menores; y a su espalda, cerramiento, entre las dos colinas, una vidriera esplendorosa, de tan vivos y puros colores, como si la luz fuese una canción. Valle-Inclán volvió de su trance rebotando de placer; placer in completo: echaba de menos algo; si el prado y las colinas, el santo y la vidriera no podían parecer mejor, el conjunto era una composición defectuosa, no estaba "bien resuelto".

Cavilando en la dificultad, sin vencerla, resolvió adormecerse de nuevo y absorbió la droga —me contaba— pensando ahincadamente en el prodigioso retablo; el prado, el santo, la vidriera, las colinas, fueron descubriéndose, bellos como antes, y, ¡oh gozo!, sobre el conjunto apareció bordeando la vidriera, estribado en las colinas, el Arco del Señor. El Iris era el único remate posible en tanta majestad... Valle-Inclán, trasladado a la región pavorosa de la doble vista, había ensanchado a términos colosales la vidriera de una catedral. El narcótico, sin revelar nada, le disminuye, porque le deja inerte y apaga su poderosa voluntad de extravío.

Valle-Inclán, el hombre más altanero del mundo, con nadie se confiesa, nunca declara su secreto sentir. Hombre, más que violento, explosivo, siempre está sobre aviso, incluso cuando estalla; quisiera poder decir: sobre todo cuando estalla. Es tan prodigiosa su facultad de personificar, de formar criaturas exentas, que los defectos y las cualidades de su carácter se han convertido en otros tantos personajes, con físico, actitudes y hasta vocabulario diferente. Hay un Valle-Inclán colérico y otro maldiciente; hay un Valle-Inclán arriscado, temerario, y otro piadoso y recoleto. Si por ciertos atisbos fidedignos no se barruntara

en Valle-Inclán la humanidad compasible y fatigada donde yacemos todos, pudiera creerse que no existe íntimamente, que sólo es una máquina de acuñar piezas para el público.

Detrás de esos personajes se oculta un hombre indomable, que no solicita la simpatía ajena exhibiendo desnudo su corazón. Alguna vez, yendo a encontrarme con Valle-Inclán, me he preguntado a cuál hallaría de los varios que existen. Rebozado en la capa, a paso largo, remonta la calle de Alcalá: prestancia de caballero, cortesana desenvoltura, correspondientes a cierta manera de coloquios livianos, donde Valle-Inclán acostumbra tratar prolijamente de algunas superfluidades (de esgrima, de caza, de linaje), con la afectación frívola, la superioridad negligente de quien no hallase para la vida mejor empleo.

La figura de *l'honnête homme*, del cortesano cumplido, cuadra en el carácter de Valle-Inclán con la reserva, el frío comedimiento de su gran trato; Valle-Inclán sólo es confianzudo para sus bufones. Si el rebozo pende desmayado de sus hombros, y él va despacio, habría que llevarlo al pórtico de una catedral, cuajarle de vieiras la esclavina de la capa, dejándole proferir jaculatorias dolorosísimas, emanadas de sus entrañas.

Este es el Valle-Inclán peregrino de Compostela, que nos cuenta el caso ejemplar de "una ilustre viuda de Maguncia", o el terror sagrado de una noche en el monte. En cuerpo, sin la envoltura prestigiosa de la capa, tan flaco, tan escueto como parece por la manquedad, se deja ver el poeta ascético, macerado por tanto rigores y por las privaciones voluntarias. Valle-Inclán es el mayor enemigo de sus carnes. No duerme, pudiendo dormir; no come, teniendo qué. Diría que el sufrimiento lo exalta. Bajo tal especie, Valle-Inclán se acerca más al ser doliente que hemos entrevisto en su recatada intimidad.

Metido en un corro, bajo techado, en la mesa del café o en un casino, Valle-Inclán suele poner en primera línea el personaje literario. Las extrañas sugerencias de su apostura se pierden; la cabeza usurpa totalmente la función expresiva. Tan pronto es un pope como un guerrero; tan pronto un cabecilla montaraz como un nigromante. Una chispa maliciosa se enciende en sus pupilas al provocar, melifluamente, opiniones comprometedoras. Es el instante de hacer proyectos, de tirar planes, el instante de los acuerdos fáciles, el de aplazar las realidades.

Valle-Inclán transforma la conversación en género literario, donde puede lucir sobre las cualidades que son ya conocidas por sus obras escritas, otras no poco brillantes y difíciles. En esas máquinas habladas, vuelca, sin atenerse a los cánones recibidos en los demás géneros, el archivo de sus observaciones y sus increíbles memorias, tratándolos con fantasía calenturienta.

Ciertas personas —hay gente para todo— se muestran escandalizadas por la inventiva de Valle-Inclán y deploran, como una tacha del poeta, que sus livianos decires no respondan a un concepto serio de la vida, no casen con las estadísticas o con los programas de gobierno o... con las Sociedades por acciones. Otros le escuchan atónitos, con señales de recelo, persuadidos de que Valle-Inclán está engañándolos. Y no falta quien, dándoselas de entendido, asienta con risas equívocas a las narraciones de Valle-Inclán, como si corroborase las invenciones de un bromista.

Es que el verbo y la acción no se acoplan en el espíritu de Valle. Con la palabra crea un mundo que adquiere la plenitud del ser en cuanto lo formula, simplemente. Lo mismo da que Valle-Inclán recuerde o profetice: allí no hay antes ni después. Pedir que esas criaturas fantasmales advengan al orbe real, al terreno de la historia en que está la persona de Valle, o que el autor dé testimonio por sus personajes, tomando sobre sí la carga de representarlos, es absurdo; incluso cuando inventa, recuerda o vaticina en cabeza propia.

Valle-Inclán otorga a la acción el menor espacio posible en su vida de hombre privado; en lo que hace se advierte un resabio traído de las esferas imaginarias de su mando: propende a lo grandioso; más aún: suscita lo grandioso, generalmente irrealizable, como estratagema para eximirse de las tareas menudas que enfrían la imaginación. Y afronta el mundo necesario en que su persona vive, con tal ánimo, que de la necesidad hace virtud.

Él se mece en el limbo de las libertades ilimitadas; si desciende al suelo de las realidades inexorables, ninguna le ha vencido, porque se adelanta a inventar y a proclamar por suyo lo que la fatalidad decreta e impone. Parece un juego y es todo el arte de vivir. Donde se acaban la resistencia a la necesidad y la gracia para convertirla en virtud, Valle empieza a ser un hombre como los demás. Pero esa coyuntura nunca se advierte; y, advertida, lo mejor sería disimularlo para no lastimar o violentar al poeta, que a fuer de tal se sustrae a las normas ordinarias.

Una noche hallé vacío su puesto en la tertulia, pero las ramas curvas de sus gafas se apoyaban en el cristal de la mesa, como las antenas de un bicho. Don Ramón no andaría lejos. Un poco de ropa, apenas de bulto, tendida en un sofá, simulaba la silueta de un hombre. Sí, era Valle-Inclán; su cabeza de león reposaba sobre el brazo del sofá, en un cabo de aquella ropa. Al despertarse, la cabeza se irguió como si ascendiera sola por el aire, llevándose abrochada al pescuezo una chaqueta flácida; hechos los ojos ascua, alzando su mano abierta, exclamó con voz tonante al insertarse en la conversación: "*¡¡Sí!! ¡¡El poeta debe ser un hombre absurdo!!*" Nunca habrá sido más fiel a sus ideas.

Hilvano con un rasgo común las variantes de su persona que Valle-Inclán ha pensado y estilizado, y obtengo un tipo complejo, quijotesco si fuese menos precavido, dominante si tuviese menos orgullo. El personaje a quien Valle-Inclán ha transmitido su nombre y su figura, es un semidiós movido por el afán de la justicia absoluta. Sus odios, su crueldad verbal, su intransigencia, pueden invocar, en el origen, un motivo de interés público aceptable. Es un héroe desprovisto de misericordia que ha tirado muchas piedras porque estaba libre de pecado.

Se sitúa, naturalmente, en la extrema oposición. Es una picota de lo mediocre y de lo malo; un anticipo del juicio final para los chirles, los hipócritas, los vividores; es un hurón que vocifera sus despegos. Pero esa justicia, que ama tanto, no la aprende en otros ni menos la recibe de una ley exterior. Valle-Inclán es el hombre de la ley propia, que desprecia la jerarquía social y legal porque está corrompida.

Vagando por tierras toledanas entró con unos amigos en la posada de Olías del Rey. Sobrevino un posadero, a quien por ciertos dimes y diretes amenazó con unos palos:

—¿Palos a mí? ¿De qué manera?

—¡Así! — y le dió unos cuantos estacazos.

—¡Dios mío!— clamó la posadera—. ¡Dios mío! ¡¡Pegar al alcalde!!

El acento bufonesco con que remeda el grito de la posadera lleva todavía una segunda intención, enteramente añadida por Valle: subrayar su señorial despotismo, la turbulencia con que arrolla al representante de la ley. "¿Alcalditos a mí? ¿Y a tales horas?", podría exclamar. No soporta alcaldes ni alcaldadas, llámense como quiera. De grado respeta el capricho ajeno; pero necesitaría ir en la vida por una vereda muy ancha para sentirse holgado.

En qué partes entran a formar su ley propia la herencia, unas siluetas históricas, arquetipos poéticos y un mesianismo vago, que suele andar por aquellos rincones mal conocidos de su universo, es menos importante que nombrar sus dos fundamentos: la independencia personal y el pundonor. No obligarse a doblar la cabeza ante nadie, sostener la fama y el crédito a todo evento; tales son, a mi parecer, las causas de muchas abstenciones y de algunas intromisiones de Valle, a costa de su bienestar y su comodidad, en tiempos; arriesgando locamente la vida, las raras veces que de ello ha sido caso.

Como todos los imaginativos, Valle-Inclán se cree un gran general. Contemplando el tráfago de los ejércitos no sacia únicamente un goce estético. Le place una guerra movida, brillante, una guerra a lo Van der Meulen, con reencuentros de caballería, emboscadas y pistoletazos; o

una guerra novelesca, como la carlista, en que la inspiración personal halla tantas ocasiones de lucimiento; o un aparato bélico teatral. Valle-Inclán, arrojando el bastón de mariscal al otro lado del Rhin, ¡qué magnífico envite! Pero en la guerra pensaría encontrar un acuerdo entre su capacidad de inventar y la acción, que hoy no marchan juntas; entre la vastedad de su ánimo sin límites y los objetos a su alcance. La guerra, además, es la gran suscitadora y aprovechadora del pundonor.

Valle-Inclán, animado de un pundonor fabuloso, habla de la guerra como del teatro natural de sus hazañas. Esto es quijotismo. Acometerá una acción sublime o correrá un paso ridículo, según el color del momento, sin cambiar el impulso. Tropezará con una guerra de verdad, y se extasía en el peligro; pero también puede perecer en tonto.

De madrugada, Valle-Inclán y otros amigos iban por la carretera de Carabanchel a presenciar un fusilamiento. Vieron venir un tropel de ganado: el encierro de bueyes y vacas que subía al matadero. Los amigos se apartaron todos, menos Valle-Inclán. Gritábanle los vaqueros: "¡Apártese! ¡Apártese!" Y se *negó a obedecer*. Pasaron los de a caballo; negaron las reses, y él se sostuvo tieso en la carretera, sintiéndolas trotar a sus costados. Tuvo, sobre Don Quijote, la fortuna de que no le molieran a coces.

Este es el tipo exaltado, impresionante, que Valle-Inclán alimenta con sus más robustas energías; acaso sea el Valle-Inclán de la historia o de la leyenda. Es probable que Valle-Inclán esté destinado a soportar una desfiguración popular, grosera, y que dure en la memoria del vulgo, como un carácter terrible, agrio. ¿No padece Quevedo una reputación de procaz deslenguado? Pero al hombre dulce e infantil, huidizo y modesto, al cultivador galaico que vive secretamente aherrojado por el personaje fabuloso de Valle-Inclán, un destino casi sobrehumano le pesaría.